

# ¿Hacia una hegemonía japonesa en Occidente?

Alberto SILVA CASTRO\*

La pregunta que plantea este artículo no tiene nada de retórica. Los humanos cuestionamos aquello que no conocemos o no comprendemos. Si bien percibimos claramente los signos del poderío estructural japonés, no alcanzamos a desentrañar si dicho poderío será capaz de transformarse finalmente en hegemonía. Ni siquiera estamos seguros de que la sociedad japonesa atesore suficiente voluntad de liderazgo en el plano internacional. De allí las incertidumbres de muchos observadores a la hora de explicar qué significa que Japón se haya transformado en una potencia mundial de primer orden. De allí también las encendidas discusiones sobre las características (reales o deseadas) de la presencia japonesa en el nuevo orden internacional. Este artículo propone una serie de reflexiones y algunas hipótesis que pueden ayudarnos a elaborar respuestas a la pregunta planteada: ¿en qué sentido y en qué medida Japón se está transformando en una de las naciones rectoras de «Occidente»?

La pregunta adquiere formas diferentes según el contexto socio-cultural en que se formule. Para los «occidentales» forma parte de una definición de la «cuestión japonesa» entendida sobre todo en términos económicos y que implica, por vía de consecuencia, otras preguntas sobre la correlativa pérdida de hegemonía de los norteamericanos.<sup>1</sup> Para los japoneses, en cambio, la pregunta surge del desconcierto que experimentan al verse ocupar, en la práctica, un lugar que no estaba

1. Dos de los ejemplos más recientes y notorios son los que cito a continuación. Del lado norteamericano: Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, New York, Random House, 1987. En una perspectiva europeísta: Jacques Attali, *Lignes d'horizon*, Paris, Fayard, 1990.

\* Director del Centro de Estudios Japoneses, UAB.

previsto por ninguna teoría y para el cual ni siquiera se sienten psicológicamente preparados.<sup>2</sup>

En este artículo procuraré cuestionar las limitaciones de ambas posturas, planteando un punto de vista intermedio, acaso más comprensivo o integracionista.<sup>3</sup>

## JAPON, SUPERPOTENCIA MUNDIAL

Mientras en Europa ojeábamos distraídamente las estampas de Utamaro o de Hiroshige, mientras nos deleitábamos con las películas con tema medieval de Kurosawa, mientras hacíamos tímidas incursiones en las artes marciales o en el esoterismo archiconcreto del zen, pensando que todo eso constituiría «el verdadero Japón»,<sup>4</sup> héte aquí que Japón se ha convertido en el lugar en el que parecieran hacerse realidad otros sueños bien diferentes, que en nuestras mentes occidentales casi sonarían a fantasías irrealizables: éxitos y más éxitos en la producción, en la comercialización, en la investigación aplicada, en la gestión, en la inversión, en el orden social. Japón se nos ha convertido en un auténtico gigante.

Incluso llega a reemplazar a los mismísimos Estados Unidos en el *imaginario social* de nuestro tiempo, como figura del triunfo de una sociedad que, sin dejar de ser ella misma, está venciendo a Occidente en el terreno en el que los occidentales nos creíamos imbatibles: el de la economía.<sup>5</sup>

El «*milagro económico*» que el Japón realizó en el periodo de posguerra es bien conocido.<sup>6</sup> Consistió en alcanzar, ya en 1953, el nivel económico de la pre-

2. Ver, por ejemplo: Kuniko Inoguchi, *Posuto haeken sisutemu to Nihon no sentaku* (Advenimiento de un sistema post-hegemónico: las opciones del Japón), Tokyo, Chikuma Shobo, 1987. Ver también: Masataka Kosaka (ed.), *Japan's Choices: New Globalism and Cultural Orientations in an Industrial State*, London, Pinter Publishers, 1989.

3. Aunque no forma parte directamente del tema tratado, dentro del campo de las ciencias sociales y del análisis político cabe insistir en la importancia teórica cobrada en nuestro medio intelectual por la búsqueda de posturas que, sin ser «eclecticas» o «relativistas», procuran situarse en un ámbito «integracionista». Ver, sobre todo: José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Madrid, Alianza, 1984, tomo II pp. 173ss y *El ser y la muerte*, Madrid, Alianza, 1987.

4. Casi cada cultura occidental ha producido su propia *mitología* sobre un Japón etéreo, enigmático, insondable (y, por todo eso, *oriental!*). Los franceses han tenido a Pierre Loti, los británicos a Lafcadio Hearn, los italianos a Fosco Maraini, los argentinos a Humberto Svanascini. En España nos hemos conformado hasta ahora con libros como, entre otros, el de José M.<sup>a</sup> Gironella, *El Japón y su duende*, Barcelona, Planeta, 1964, convertido, tras su décima edición, en un verdadero «clásico» en su género.

5. En Estados Unidos proliferan los autores que proponen la adopción del modelo japonés a sus conciudadanos, desmoralizados por el débil crecimiento de la economía, por la falta de unanimidad política y por ciertos fracasos internacionales (uno de ellos, precisamente, en la pugna tecnológico-comercial que los enfrenta a los japoneses...). En esta línea, uno de los libros más famosos es el de Ezra Vogel, *Japan number one. Lessons for America*, Massachusetts, Harvard University Press, 1979. Ver, en España: Bernardino Herrero y José M.<sup>a</sup> Suárez (comp.), *Japón hoy. Nuevo modelo*, Madrid, Asociación para el Progreso de la Dirección, 1983.

6. De entre la amplísima bibliografía al respecto, se sugieren dos auténticos best-sellers: Michio Morishima, *Why Has Japan 'Succeeded'?* *Western Technology and the Japanese Ethos*, London, Cambridge University Press, 1982; Takafusa Nakamura, *The Post-war Japanese Economy. Its Development and Structure*, Tokyo, University of Tokyo Press, 1981.

guerra. La cosa requirió ocho años de intenso trabajo colectivo, bajo la férrea batuta del ocupante norteamericano y disfrutando de una importación masiva de capitales y tecnología de las empresas estadounidenses. Como si este «prodigio» no fuera suficiente, entre 1952 y 1963 el PNB prácticamente se triplicó, sobre la base de un crecimiento anual del 9%. Durante el mismo periodo, el volumen de productos manufacturados se multiplicó por cinco, mientras que se duplicó el consumo. En 1970, ya había conseguido resolver básicamente sus problemas internos de pobreza (con niveles más que aceptables de renta per cápita) y de infraestructura productiva (incluyendo sistemas de comunicaciones y de comercialización de óptimo nivel). En los años 80 no sólo era capaz de «inundar» el mercado internacional con sus nuevas tecnologías (al principio las baratas y repetitivas, como calculadoras, relojes de cuarzo y televisores; luego las más caras y sofisticadas, como sistemas expertos, fax y robots).<sup>7</sup> Ya en pleno 1991, Japón se encuentra *a la cabeza* en aquellos sectores que mejor prueban el lugar que un país de verdad ocupa en el concierto económico: el industrial y comercial; el bancario inversor y financiero; el tecnológico. Pasaré revista, brevemente, a cada uno de estos tres niveles económicos.

### Predominio industrial

Parece reinar un acuerdo bastante generalizado sobre el hecho de que Japón ocupa un lugar muy destacado, si no el primero, en los diferentes niveles que configuran el predominio industrial.

¿Cuáles serían algunos indicadores de esta supremacía por parte de Japón? Sin ánimo de exhaustividad, propondré al menos algunas pistas centrales.

a) *Mejor relación calidad-precio de muchos productos japoneses en los principales sectores de fuerte valor agregado* en los que USA y Europa Occidental tradicionalmente habían sido líderes. Las industrias pesadas, fundamento del primer crecimiento económico japonés, han ido cediendo ostensiblemente su lugar a las industrias de punta. Los bienes de alta tecnología (audiovisual, informática, robótica) constituyen el principal renglón de las imbatibles exportaciones niponas. Les sigue un sector automotriz progresivamente vinculado a los nuevos descubrimientos y procedimientos: los principales exportadores mundiales son actualmente firmas japonesas, con Honda a la cabeza. Por su parte, la producción japonesa de equipamientos electrónicos (periféricos, aplicaciones, sistemas de telecomunicación, etc.) consagra, sin duda, la primacía internacional de firmas como Fujitsu o NTT.

Son ejemplos del éxito rotundo de lo que podríamos llamar «una política de doble integración»: integración política entre el sector público y las empresas multinacionales; integración tecnológica buscando constituir una sola red que

7. Desde nuestro propio ámbito de observación español, Manuel Castells se ha destacado por su empeño en reconocer la presencia de Japón en la producción y comercialización de nuevas tecnologías de alto valor agregado, incorporando el caso japonés en las comparaciones internacionales sobre el desarrollo tecnológico. Ver: *Nuevas tecnologías, economía y sociedad en España*, Madrid, Alianza, 1986, especialmente el primer tomo.

conecte las principales líneas productivas en materia de nuevas tecnologías (teléfono, fax, televisión, ordenador, robótica).<sup>8</sup>

b) *Eficaces soluciones «blancas» para liderar también ciertos sectores industriales tradicionales* que a Japón no le conviene desarrollar domésticamente. O bien porque se trata de industrias contaminantes (siderurgia, química), en cuyo caso las «exporta» a los países circundantes, contribuyendo a agilizar el ya rápido desarrollo de los llamados NICs (New Industrialized Countries: Corea del Sur, Formosa, Hong-Kong, Singapur) y de otros países de la zona.

O bien porque se trata de opciones de momento políticamente imposibles, como lo son la industria directamente militar y en parte la aeroespacial, en cuyo caso Japón actúa como auxiliar o como inversor en el esfuerzo de investigación y producción bélica de los Estados Unidos.

O bien, finalmente, porque se trata de sectores con claro liderazgo extranjero, y tal es el ejemplo de la industria farmacéutica: en este caso la opción escogida es la misma que la anterior, aunque se aplica sobre todo en Europa, sumándole otras políticas complementarias como establecer «joint-ventures», contratos de asociación, etc.<sup>9</sup>

c) *Tradicional integración del tema comercialización exterior en el conjunto del esquema productivo.* Las compañías de comercio –las «Sogo Shosha»– cumplen un importante papel en el asentamiento de la supremacía japonesa: no solamente manejan una proporción altísima de las exportaciones desde el archipiélago nipón, sino que actúan coordinadamente con los intereses japoneses en el extranjero. Esto quiere decir que, desde el punto de vista japonés, el comercio exterior está pensado en términos de un solo mercado mundial. Lo cual implica, a su vez, que comerciar no significa únicamente intermediación o compra-venta sino, también, y al mismo nivel, política inversionista. Lo cual cierra un ciclo económico basado en la interpretación de todos sus componentes.

### Supremacía financiera

Durante estos últimos años, y por primera vez en el curso de su historia, los japoneses se han transformado en verdaderos rentistas. No le basta a Japón con vender muchos más productos manufacturados de los que tiene que importar (provocando esos endémicos y fabulosos excedentes que tanto preocupan a los

8. Una explicación en estos términos que ha sido adoptada por numerosos observadores es la de Chalmers Johnson, *MITI and the Japanese Miracle*, Tokyo, Tuttle, 1982. Más reciente y en la misma dirección: Peter Berger, *The Capitalist Revolution*, New York, Basic Books Inc., 1986, capt. 7.

9. Sobre estos temas, pero vistos desde la perspectiva de las NIEs (New Industrialized Economies: cuatro sociedades del Pacífico Asiático en fase de rapidísima y continuada expansión), ver Manuel Castells, «Four Asian Tigers and a Dragon Head: a Comparative Analysis of the State, Economy and Society in the Asian Pacific Ring», en Richard Appelbaum and Jeff Henderson (Eds.), *The State and Society in the Pacific Ring*, London, Sage Publications, 1991. Algunas reflexiones sobre la implicación japonesa en la guerra del Golfo Pérsico y la hegemonía tecnológica japonesa en: Alberto Silva, «La guerra del xip. El Japó, un ajut discret i decisiu», diario *Avui*, Barcelona, 7-3-1991. Ver también, sobre este último tema: Masaru Famamoto, «Trial of an Ideal: Japan's Debate over the Gulf Crisis», London, *World Policy Journal*, vol. VIII, n.º 1, Winter 1990-1991.

americanos). Los dividendos que Japón percibe de los capitales colocados por japoneses en el extranjero han llegado a ser tan elevados que llegan incluso a superar las salidas de capitales motivadas por sus ingentes inversiones en diferentes áreas del planeta. Tamaña liquidez los transforma espontáneamente en prestamistas, se trate de colocaciones en los países del Norte o de proyectos de desarrollo en los países del Sur. A pesar de su evidente envergadura, no es tema de este artículo detallar cómo tan abultada acumulación de riqueza obliga a Japón a provocar transformaciones importantes en su mercado interior; y cómo, para desarrollar su propio mercado, a Japón no le queda otra solución que avanzar en el camino de la «internacionalización».

Importa, en cambio, recordar, aunque sea brevemente, sobre qué bases se asienta la fortaleza financiera japonesa. Destacaré tres puntos principales.

a) La *firmeza de su mercado de valores* de Tokyo, reflejo de la solidez y de la internacionalización de sus grandes empresas.

b) La *capacidad financiera* de los principales grupos, en especial en los sectores comunicaciones, seguros, banca, transportes, etc.

c) La tendencia a ir abriendo progresivamente su mercado financiero (*desregulación*) y a ir utilizando el yen como moneda apta para acuerdos económicos internacionales.<sup>10</sup>

### Hegemonía tecnológica

Intimamente ligado a todo lo antes expuesto, los factores tecnológicos quizá sean los que con más exactitud puedan informarnos sobre el carácter profundo, radical, de este nuevo predominio japonés en el plano económico.

De forma tranquila y silenciosa, Japón va cumpliendo los múltiples requisitos que conducen a la preeminencia tecnológica.

a) Se ha mostrado más rápido y más eficiente que ninguna otra sociedad para *asimilar las nuevas tecnologías* e ir descubriendo a gran escala en qué consisten, para qué sirven ahora, para qué podrán servir más adelante. No se sugiere aquí que los japoneses sean «más listos». No cabe entrar en este tipo de discusión. Pero sí señalar la conciencia generalizada en la Administración, la Empresa y la Universidad de la necesidad de seguir muy de cerca cuanto ocurre en el extranjero en el plano tecnológico, para asimilar todo lo que pueda ser útil.

b) *Conecta* estrechamente a la *investigación* tanto pública como privada (y por cierto excepcionalmente bien dotada) con las *políticas industriales y comerciales* predominantes, con lo que consigue poderosos efectos acumulativos sin necesidad de recurrir, como han tenido que hacerlo otros países tales que Estados Unidos o Francia, al habitual señuelo militar.

c) Practica como política más habitual un tipo de reconversión industrial basada en la *adopción pactada de niveles tecnológicos compatibles para todos los*

10. Sobre la supremacía financiera japonesa: Minoru Inouye, «Japanese New Role in Global Finance», Boston, revista *Sloan Management Review*, Fall 1988; Eric Helleiner, «Roney and Influence: Japanese Power in the International Monetary and Financial System», in «The International Relations of Japan», número especial de la revista *Millenium*, London School of Economics, London, vol. 13, núm. 3, Winter 1989.

sectores, con lo cual la renovación es constante pero no compulsiva y tiene un coste económico y social considerablemente más bajo que en países como el nuestro.

d) Concibe una *organización empresarial y laboral de carácter participativo*, de tal forma que todos y cada uno de los asalariados pueden discutir propuestas tendentes a perfeccionar aspectos del esquema productivo; lo cual exige a su vez la consecución de los dos principales objetivos del sistema educativo japonés: la capacitación profesional y la interiorización de una identidad uniformista y consensual.<sup>11</sup>

## ¿QUÉ SIGNIFICA ESTE NUEVO PREDOMINIO MUNDIAL?

En la actualidad, son pocos los observadores y especialistas extranjeros que ponen en duda la subida del Japón al podio de las máximas potencias mundiales. Pero, como siempre sucede, los hechos y cifras brutos constituyen simples puntos de partida para plantearse las preguntas que de verdad importan. Que, por ejemplo, podrían ser las siguientes.

- ¿qué factores, endógenos y exógenos, han conducido a que Japón se encuentre actualmente entre los países más poderosos del planeta?
- ¿es Japón poderoso en un sentido estructural o en un sentido sólo coyuntural?
- ¿tiene Japón un poder que es capaz de ejercer solo, o está más bien llamado a respaldar a (o a ser respaldado por) otros poderosos?

## El argumento racial

Si aceptamos metodológicamente que esas podrían ser algunas de las preguntas a las que cabe responder sin retraso, antes de ponernos manos a la obra tendremos todavía que reconocer la existencia de una dificultad. Se la podría formular de la manera siguiente: el problema que la «cuestión japonesa» nos plantea es rigurosamente nuevo, inédito; y al mismo tiempo vemos sobreabundar las respuestas prefabricadas a dicha cuestión en forma de estereotipos viscerales y de clichés ideológicos, de latiguillos recurrentes. Por todos los medios procuran hacernos creer que ya sabíamos de sobra de qué se trata.

Para algunos, el éxito económico le viene a Japón de un auténtico atavismo racial. Los japoneses serían, al parecer por naturaleza, especialmente ágiles, activos hasta la manía, tozudos, obsesivamente trabajadores, metódicos, disciplina-

11. Además de los ya citados Manuel Castells y Chalmers Johnson, ver para este punto: Donald Spero, «Patent Protection of Piracy», Massachusetts, revista *Harvard Business Review*, Sep-Oct 1990; Robert Reich, «The Quiet Path to Technological Preeminence», Washington, revista *Scientific American*, Oct 1989; Nitsugu Ishizuka, «La política científico-técnica», Madrid, revista *Política Científica*, Dic. 1989; Marc Dupuis, «La politique scientifique et technique du Japon», Paris, revista *Problèmes Politiques et Sociaux*, n.º 493-494, 1984.

dos. Una extraña mezcla de hormigas laboriosas y máquinas exactas y bien aceitadas. Citan, en apoyo a estas tesis, la facilidad con que los trabajadores japoneses renuncian a parte de sus vacaciones para que se cumpla el «target» empresarial: o a parte de su tiempo de ocio convirtiéndolo en horas suplementarias nunca claramente remuneradas. Y creen encontrar cierta reconfirmación en la actuación de otros pueblos asiáticos: coreanos, chinos, malayos estarían expresando similares aptitudes de la raza amarilla. Los pueblos del sureste asiático vendrían a ser, en su disciplinada sumisión, alumnos geniales de los planteamientos de la sociedad industrial occidental. Salvo que se trataría de discípulos meramente imitativos, expertos en la copia servil, en el robo de patentes, etc.<sup>12</sup>

Para otros, en forma complementaria a la postura anterior, el quid de la cuestión estaría sobre todo en el plano político. Ayudados por el pacifismo forzoso a que los condenó la derrota militar (el artículo 9 de la Constitución japonesa prohíbe taxativamente al pueblo japonés la utilización e incluso la fabricación de armas, debiendo mantenerse el presupuesto para las llamadas «Fuerzas Nacionales de Auto-defensa» por debajo del 1 % del PNB), los japoneses habrían canalizado la inmensa potencialidad productiva de su carácter nacional hacia la recuperación económica y el fortalecimiento de su presencia comercial, buscando llegar a los niveles anteriores a la guerra. Sería un caso similar al de Alemania: concentrar todo el esfuerzo en la economía, dejando para EE.UU. todo tipo de preocupación política, especialmente en el plano diplomático.<sup>13</sup>

### Argumentos interesados

En cualquier caso, estos esquemas explicativos que acabo de esbozar intentan identificar qué factores (internos o externos) sirven para explicar lo que ha pasado hasta ahora. Pero se revelan incapaces de aclarar lo que hoy día está sucediendo y menos aún lo que podrá ocurrir en un futuro más o menos cercano. En especial, no logran analizar de forma coherente uno de los más clásicos interrogantes sobre la evolución política japonesa: la coexistencia en una misma sociedad de ciertas dinámicas contradictorias. Por un lado un ímpetu sincero y sostenido de internacionalización.<sup>14</sup> Por el otro, el cultivo de un espíritu francamente aislacionista.<sup>15</sup> Japón oscila un poco como el Reino Unido y dicha oscilación no parece deberse a factores raciales.

12. Pocos temas tan vidriosos y controvertidos como éste. Desde una perspectiva política auto-justificatoria, ver, por ejemplo: Shuji Hayashi, *Culture and Management in Japan*, Tokyo, Kodansha, 1986. Desde una perspectiva culturalista, ver un libro célebre en su género: Chie Nakane, *Japanese Society*, Tokyo, Tuttle Ed, 1984 (en jap: 1970). Desde la perspectiva del análisis económico, ver: Masahiko Aoki, «The Nature of the Japanese Firm as the Nexus of Employment and Financial Contracts: an Overview», Stanford, revista *Journal of the Japanese and International Economics*, n.º 3, 1989.

13. Varios de los más reputados analistas norteamericanos de Japón van en esta línea. Además del ya citado Peter Berger, cf: Peter Drucker, «Japanese Choices», New York, revista *Foreign Affairs*, vol. 69, n.º 5, Summer 1987; Robert Scalapino, «Asia's Future», New York, revista *Foreign Affairs*, vol. 66, n.º 1, Fall 1987.

14. Ver: *Diplomatic Bluebook, 1990: Japan's Diplomatic Activities*, Tokyo, Ministry of Foreign Affairs.

15. Ver: Shintaro Ishihara, *The Japan that Can Say No*, London, Sage, 1990.

De todos modos, el uso de *tales esquemas analíticos varía bastante según quien los emplea*. Si un occidental desea explicar los éxitos japoneses en función de una ética «adherida» a la raza, se le presentan dos situaciones: podrá temer una nueva edición de la «invasión amarilla»<sup>16</sup> o, en caso de que su prejuicio sea favorable, recurrirá al carácter diferencial del «espíritu oriental».<sup>17</sup> En el caso de que sea un japonés el que explique el éxito de su país con argumentos filoraciales, insistirá probablemente en la resistencia a la occidentalización, en el carácter antieuropeo de su propia cultura industrial, llegando a explicar la occidentalización a ultranza sufrida por su pueblo con la siguiente paradoja digna de un maestro del zen: para liberarse de Occidente, la única vía es la máxima occidentalización.<sup>18</sup>

## LA CIVILIZACIÓN JAPONESA Y NOSOTROS: TRES DEBATES

Existe evidencia empírica suficiente como para pensar que el tipo de explicación que hemos esquematizado en el anterior apartado ocupó, durante mucho tiempo en Occidente, el lugar de una verdadera teoría explicativa sobre el Japón. Y de hecho, por la fuerza acumulativa de las palabras (y de los intereses creados) también en Japón las creencias sociales oscilan entre una antropología de tipo culturalista, perfectamente ilustrada por la obra de Ruth Benedict y sus seguidores<sup>19</sup> y las explicaciones francamente tendenciosas de los «Nihonjin-son» (lit: «teorías sobre los japoneses»),<sup>20</sup> copiosos análisis tradicionales del alma y de la sociedad nipona que plantean la radical imposibilidad de que un extranjero pueda entender algo (y a posteriori decir algo) sobre los japoneses.

El aumento de la importancia del Japón en el ámbito internacional y el crecimiento de las interrelaciones mundiales tienden a aproximar (pero no logran extirpar) ese tipo de explicación ideológica. Surge así la necesidad de responder a las preguntas planteadas con medios más analíticos o, si se quiere al menos de forma más documentada. Nuestro país no tiene ni mucho menos una tradición de estudios japoneses y en muchas declaraciones académicas y oficiales se sigue observando, a menudo, la repetición de prejuicios acuñados en otras tierras.

16. En España han comenzado ya a extenderse tales opciones, como resultado de la compra, por financieros japoneses, de monumentos emblemáticos del arte nacional como las fincas «La Caprichosa» de Comillas y quizá de «La Casa Batlló» de Barcelona, ambas del arquitecto catalán Antoni Gaudí. La compra en idénticas circunstancias del Rockefeller Center de New York y de parte de Les Halles de París ha hecho correr, como es sabido, ríos de tinta...

17. Ver, más arriba, nota 4. En el plano de una aproximación de tipo weberiano entre ethos cultural y organización socio-económica, sobresalen las publicaciones de la «Asian Productivity Association», organización semi-oficial de considerable influencia ideológica.

18. Según el proyecto modernizador de la restaurada dinastía Meiji, «el mejor medio de resistir ante Occidente era occidentalizar el país y su economía», Edwin Reischauer, *Histoire du Japon et des japonais*, Paris, Ed. du Seuil, 1973, tomo I, p. 143.

19. Ruth Benedict. *The Chrysanthemum and the Sword. Patterns of Japanese Culture*, Tokyo, Tuttle Ed., 1954 (ed. orig: 1946).

20. Teorías francamente hagiográficas y autocomplacientes, del tipo de las de: Hideki Tukawa, «Modern Trends of Western Civilization and Cultural Peculiarities in Japan», en Charles Mobre (ed), *The Japanese Mind: Essentials of Japanese Philosophy and Culture*, Honolulu, University of Hawai Press, 1987. Ver también, más recientemente: Takao Suzuki, *Japan and the Japanese: Wards in Culture*, Tokyo, Kodansha, 1978.

Puestos a observar lo que otros países occidentales se plantean hoy día respecto del Japón: ¿por qué no atender más bien a los debates que enfrenta a los mejores especialistas?

En efecto, *el debate sobre el rol y el lugar del Japón en el mundo contemporáneo se plantea a los tres niveles en que a Japón se le presupone cierto predominio: el económico, el cultural y el político*. Será esclarecedor pasar revista a tales debates, aclarando las posiciones en juego y los argumentos esgrimidos.

### ¿Hegemonía económica y financiera japonesa?

La emergencia de Japón como superpotencia económica ha provocado en todo el mundo desarrollado la aparición de gran cantidad de libros y artículos en los que se detallan posicionamientos muchas veces enfrentados ante el problema. Porque, ¿dónde está el problema? Nadie, que yo sepa, pone en duda el actual predominio japonés en la esfera económica, concomitante con la rápida crisis soviética y la (lenta) decadencia norteamericana. El problema es más bien saber *cuánto tiempo va a durar la actual bonanza japonesa y hasta dónde va a llegar su influencia*. Planteada de esta forma la cuestión, caben dos tipos contradictorios de respuesta.

a) Para algunos, el actual predominio industrial, financiero y tecnológico japonés incrementa la aparición de un nuevo esquema en el horizonte económico internacional. Estamos ante el comienzo de una nueva ola, de *una auténtica onda larga*. Es el inicio de una etapa cuya continuidad parecería asegurada por la misma estabilidad característica de los procesos institucionales japoneses. Esta línea de interpretación se esfuerza en relatarnos una verdadera «success story» cuyo argumento justificativo lo proporcionará la propia cultura japonesa. El éxito japonés no procede tanto de factores externos o del desafío capitalista cuanto de la personalidad colectiva japonesa. Cuando son los japoneses los que expresan esta tesis, estamos ante los ya mencionados «Nihonjin-son» que florecen en medios académicos nacionalistas.<sup>21</sup> En cambio, entre los occidentales, esta explicación culturalista está apareciendo con especial fuerza en medios empresariales o tecnocráticos.<sup>22</sup> Dentro de este tipo de explicación occidental por nuevas ondas largas hay un caso que me parece especialmente significativo: el de Jacques Attali, consejero del Presidente François Mitterrand.<sup>23</sup> Según Attali, estamos ante el inminente advenimiento de un nuevo mundo, en el que las potencias emergentes (Japón y la nueva Europa «completa») acabarán ocupando el sitio dejado por las potencias militares declinantes (USA y URSS). En esta disposición de los acontecimientos, a Japón le

21. Ver el interesante estudio de Jacqueline Pigeot, París, revista *Le Débat*, Janv-Mar 1983.

22. Los ejemplos sobreabundan. En el área norteamericana, ver el ya citado best-seller de Ezra Vogel y recientemente la voluminosa obra de Alvin Toffler: *Power Shift*, New York, Bantam Books, 1990, sobre todo las partes 2, 4 y 5. En el área europea, tomando el ejemplo de Francia, cabe citar diversos nombres muy conocidos: Jean-Jacques Servan-Schreiber, *Le défi mondial*, Paris, Fayard, 1981; y Simon Nora y Alain Minc, *L'informatisation de la société*, Paris, La Documentation Française, 1978. Como en otros campos la tónica española es seguir con cierta docilidad a los autores extranjeros.

23. Jacques Attali, *Lignes d'horizon*, Paris, Fayard, 1990, especialmente pp. 7-69. Ver también la larga entrevista aparecida en *La Vanguardia*, Barcelona, 20-2-1990.

correspondería situarse en el centro de un nuevo polo de dominación. Tokyo está llamado a ser la «novena forma» (o centro) de un universo informatizado y portátil, desde el cual se irán reestructurando los niveles de producción, comercialización, gestión y financiamiento de un área creciente que podría acabar incluyendo incluso a Europa.

b) Del otro lado de la acera están aquellos para quienes la actual opulencia japonesa es poco más que *una pompa de jabón*. Muchas veces esta forma de argumentar es meramente propagandística, especialmente si procede de fuentes europeas, sumamente preocupadas por los peligros que acarrea el actual «desarrollo» japonés en nuestro continente. Por eso es de agradecer la limpidez y la objetividad de planteamientos como el de un especialista como Bill Emmott, durante varios años corresponsal en Tokyo de la publicación inglesa *The Economist*.<sup>24</sup> A partir de un análisis cuidadoso de los cambios que tienen lugar actualmente en la sociedad japonesa, concluye que la era de los excedentes de los capitales japoneses (los cuales, por cierto, sólo adquirieron dimensiones significativas hace menos de diez años) acabará pronto. Los cambios sociales en curso van, precisamente, en contra de un afianzamiento de la hegemonía económica japonesa:

– La progresiva liberación del mercado interno (exigida por una balanza particularmente excedentaria) acabará provocando la caída de tasas proverbialmente altas de ahorro.

– El envejecimiento de la población japonesa va más rápido que el desarrollo de la automatización y la robotización de los procesos productivos, planteando graves problemas de reemplazo de la generación del boom económico, la que se está jubilandando.

– Los déficits en materia de servicios no dejan de crecer (en infraestructuras, transportes, equipamientos colectivos, turismo, etc.), lo que no dejará de plantear la necesidad de reorientar progresivamente el financiamiento público, como exigencia para paliar el malestar social y asegurar la continuidad del actual régimen.

Esto significa, y Emmott no es en absoluto el único en afirmarlo,<sup>25</sup> que Japón disfruta de una coyuntura favorable, pero no forzosamente de una ventaja a largo plazo. El momento actual se caracteriza por cierto desequilibrio entre la fuerza estratégica y la fuerza económica. Sin embargo no sería de extrañar que en poco tiempo se restableciera el equilibrio precedente, dejando a Japón en su puesto habitual de solamente potencia media.

c) La forma que va tomando la escena económica internacional tras la superación del conflicto del Golfo Pérsico, indicará el grado de acierto de estas posiciones, enfrentadas tanto fuera como dentro de Japón. Aún es pronto para conclusiones definitivas. Pero lo que desde ya se puede indicar es cómo, muchas veces, *ambos esquemas explicativos cojean del mismo pie: plantearse el problema del*

24. Bill Emmott, *The Sun Also Sets: Why Japan Will Not Be Number One*, London, Simon and Schuster, 1989. Hasta por su título, este libro se sitúa en oposición a planteamientos como el del ya citado Ezra Vogel: *Japan. Number One*.

25. Otro ejemplo en el área inglesa: Susan Strange, *Finance, Information and Power*, London, ISA/BISA. Conference, mimeo, 1989. Ver también: *States and Markets: an Introduction to International Political Economy*, London, Pinter, 1988.

*predominio económico en términos unilaterales de poder territorial*, en momentos en que la evolución internacional sugiere la creciente importancia de los aspectos tecnológicos e ideológicos en la configuración de un predominio internacional estable.

Veamos esos otros aspectos.<sup>26</sup>

### ¿Penetración cultural?

Hace tiempo que Japón «está entre nosotros». Lo constatamos intelectualmente repasando las abstractas estadísticas de inversiones e implantaciones industriales. Pero, sobre todo lo percibimos en la práctica observando cómo proliferan los signos de una presencia japonesa que, cada día más, procura hacerse sensible, palpable, imprescindible para todos, e incluso deseada por todos. ¿Nos enfrentamos con una política creciente y sistemática de japonización de Occidente pero por la vía suave? La simple pregunta choca a primera vista con un dato mayor que a menudo consideramos evidente e irreversible: más bien parece que es la sociedad japonesa la que se occidentaliza a marchas forzadas! Y, sin embargo, ciertos datos permiten responder afirmativamente a la pregunta planteada. Lo que no impide que la respuesta sea compleja, como espero dejarlo de manifiesto en los próximos párrafos. Sintetizando se diría que podemos hablar de *dos «estilos» diversos de presencia cultural japonesa*.

a) Un primer «estilo», el más previsible, es el que busca *divulgar el patrimonio tradicional* japonés. Por vía oficial: dándonos a conocer las grandes realizaciones estéticas del Japón del pasado y del presente, en forma de conciertos, exposiciones o de la traducción (escasísima y en nuestro caso español habitualmente a través del inglés o del francés) de obras estéticas, políticas, filosóficas o literarias. Por vía privada: desarrollando variadísimas actividades —académicas, empresariales, esotéricas o comerciales!— que nos permiten introducirnos en realizaciones sociales y humanas del Japón: desde una tienda de «bonsai» a un curso de «business management», pasando por una comunidad de «Zen» y un centro de «artes marciales». En todos estos casos (y otros más que podrían citarse) el objetivo perseguido es el mismo: dar a conocer un «corpus» cultural ya establecido.<sup>27</sup>

b) Pero hay otro «estilo» junto al anterior, en parte contrapuesto, en parte complementario. Es un modo de actuar que nos sorprende y nos choca al mismo tiempo. Consiste en acentuar cierto *control japonés sobre la simbología cultural de los países industrializados*. Se traduce antes que nada en la compra de obras cumbres de nuestro patrimonio pictórico (Sotheby's se ha convertido últimamente en lugar de recalada de millonarios y financieros japoneses que adquieren sin rechistar piezas de Picasso, Van Gogh y otras celebridades pictóricas, haciendo saltar los

26. Mención en: Alberto Silva, «La guerra del xip», Barcelona, diario *Avui*, 7-3-1991.

27. Sigo en este punto, aplicándolas al caso japonés, las reflexiones de Svetan Todorov (Comp), *Cruce de culturas y mestizaje cultural*, Madrid, Júcar, 1988, y de Marshall Sahlins, *Cultura y razón práctica: contra el utilitarismo en la teoría antropológica*, Barcelona, Gedisa, 1988.

antiguos estándares). Se traduce, igualmente, en la adquisición de edificios emblemáticos de la cultura capitalista norteamericana como, entre otros, el Rockefeller Center de New York (¿podría suceder lo mismo en España con la barcelonesa casa Batlló, de Antoni Gaudí?). Se traduce, finalmente, en la toma de control de realizaciones magnas de la industria del espectáculo (incluso si se trata de reflotar una actividad en declive o deficitaria): lo vemos con motivo de la compra de los Estudios Universal por parte de la empresa Sony. Todos estos ejemplos (cada cual podrá agregar otros de su cosecha) parecen ir en la misma dirección: emitir un mensaje de internacionalización cultural, asegurándole a Japón una presencia segura en algunos de los «lugares» más densos y significativos de nuestra propia iconografía moderna, industrial, capitalista.<sup>28</sup>

c) He hablado de «estilos» de presencia cultura. ¿Constituyen (me preguntaba antes) una *estrategia* sabiamente orquestada o simplemente la manifestación de un *impulso* de contacto, de expresión, de comunicación, de control y dominación, (propio por cierto de todo pueblo capaz de decidir no sólo respecto a sus problemas sino también a los ajenos), amplificadas por los grandes medios de que dispone actualmente Japón para exhibirse en los más prestigiosos escaparates de Occidente? Obviamente, también hay aquí materia a seguir. En cualquier caso, lo que sí está claro es que la creciente presencia japonesa en la cultura internacional coincide con la reformulación, también creciente, de los grandes signos de la cultura occidental, como veremos más adelante.<sup>29</sup>

### ¿Predominio político internacional?

Desde el inicio de la posguerra muchos japoneses no han dejado de plantearse frecuentemente ciertas preguntas: *¿cuál es, cuál ha de ser el lugar de Japón en el mundo contemporáneo?* Ahora que fuera de Japón todos han podido advertir qué significa en la práctica la posición preeminente de este país en la esfera económica internacional, los principales países occidentales también hacen suya aquella pregunta, aunque reformulándola en términos parcialmente diferentes: *¿es posible que, en el caso de esta nueva superpotencia económica emergente, por una vez no llegue a confirmarse aquella ley histórica aparentemente inevitable que le obliga a convertirse, por vía de consecuencia, en una superpotencia político-militar?* Toynbee parecía haber dejado claro lo que podríamos considerar una verdadera «doctrina» occidental al respecto; y por las mismas aguas navegan hoy en día diversos tratadistas contemporáneos.<sup>30</sup> La pregunta está en el ápice del debate político japonés: *¿es posible que una nación que controla los principales resortes económicos internacionales eluda el destino manifiesto de controlar igualmente sus resortes políticos?*<sup>31</sup> La pregunta tiene su miga, especialmente en momentos en que no

28. En el caso de Barcelona y por afán de concreción: toda la obra de Gaudí, el Pueblo Español, la Nao Santa Maria, el estadio Sant Jordi, etc.

29. Ver pág. 000.

30. El ya citado Paul Kennedy y también otros tan notorios como Zbigniew Brzezinski e Immanuel Wallerstein, aunque desde ángulos teóricos no coincidentes.

31. Aplicada al caso del Japón, esta es la pregunta central de la investigación «Nuevos escenarios

existe una doctrina geopolítica consensuada a nivel internacional, tras el derrumbamiento del bloque comunista y el reconocimiento de la crisis del liderazgo norteamericano.

*Japón pareciera tener el problema más o menos solucionado a nivel doméstico, por lo que previamente he explicado. Pero está lejos de tenerlo resuelto a nivel internacional.* En el campo del debate diplomático se plantean estrategias encontradas. No solamente a nivel de los estados mayores políticos, sino más extensamente en la sociedad civil, en las asociaciones, en la calle. Si es cierto, argumenta mucha gente, que aparecen signos precursores, tanto de un vacío en el predominio político mundial como de cierta expectativa occidental de que Japón asuma un papel más y más activo en la dirección de los asuntos internacionales, ¿qué postura ha de tomar Japón?

a) Una primera postura es la de aquellos que defienden *el mantenimiento del status quo actual*: Japón ha de continuar siendo un país vetado no sólo para la guerra directa sino incluso para cualquier tipo de intervención que contenga en el horizonte la amenaza de uso de la fuerza armada. Es interesante consignar que, aunque por motivaciones muy diferentes, los principales oponentes políticos del Japón (el partido socialista y el liberal democrático, las dos fuerzas predominantes) en el fondo están de acuerdo con la tesis del mantenimiento de la situación actual. Las razones del PSJ son las del abstencionismo y la no-alineación: Japón ha de ser una isla de paz. En cambio las razones del PLD son las de la convivencia y el provecho: Japón ha de concentrarse en la producción y el comercio, dejando para EE.UU. el cuidado de la diplomacia. Es un hecho archiconocido que Japón, «gigante económico», ha practicado durante los últimos 45 años una política de supe-ditación diplomática respecto del aliado norteamericano, transformándose en lo que muchos han calificado como auténtico «enano diplomático». <sup>32</sup> Y también se puede constatar hasta qué punto esta estrategia, inequívocamente guiada por el bloque conservador, le ha venido bien a la izquierda moderada, siempre deseosa de llegar algún día a administrar la cuantiosa herencia acumulada por una derecha tan denostada como eficiente, y por ello interesada en que no se modifiquen los términos del problema, tal y como hace décadas vienen siendo planteados. La progresiva «sintonía» entre ambas fuerzas mayoritarias se constata en las encuestas que incesantemente se dirigen a la población japonesa, a fin de conocer su opinión sobre temas diplomáticos. <sup>33</sup>

b) Sin embargo, existe, también aquí, la opinión contrapuesta. Minoritaria, pero así y todo notablemente influyente, plantea la *necesidad de que Japón asuma sus responsabilidades de una vez en materia de política internacional*. En este caso igualmente, con formas y razonamientos muy distintos, se encuentran de acuerdo

para la política japonesa» que está organizando el Centre d'Estudis Japonesos de la UAB. El proyecto consiste en un análisis comparativo de cuatro «escenarios» verosímiles para la diplomacia japonesa, plausibles tras la caída del muro de Berlín y la guerra del Golfo.

32. Ver, más arriba, nota 13.

33. Takako Doi, Secretaria General del JSP (Partido Socialista del Japón) representa esta postura en el seno de la izquierda japonesa. El declive de su liderazgo, dentro y fuera de su partido, revela el impasse de una política que transforma al movimiento progresista en simple comparsa de la derecha más tradicional.

sobre el fondo de la cuestión diferentes sectores políticos que no sólo abarcan los dos partidos citados, sino también otros dos muy significativos situados en los extremos del abanico político: PCJ y Soga Gakkai, brazo político de la secta integrista «Nichiren». Existen en el PLD sectores hiper-nacionalistas que consideran que Japón ha de hacerse capaz de asumir compromisos políticos y hasta militares mucho mayores que en la actualidad. De la importancia de esta tendencia da fe el hecho de que uno de sus principales representantes, Yasuhiro Nakasone, fue primer ministro japonés durante el crucial periodo comprendido entre 1982 y 1987. Esta posición está bastante extendida en la Administración, especialmente en el Ministerio de Educación y en la misma Agencia Japonesa de la Defensa.<sup>34</sup> El talante más intervencionista y autónomo de los otros sectores políticos mencionados tiene más bien que ver con la propuesta de un cambio de ciento ochenta grados en la política de alianzas practicada por Japón desde la posguerra. Lo que quita consistencia a sus posiciones y las condena a una posición marginal es la siguiente doble imposibilidad actual: o bien de escoger como principal aliado estratégico a la China o a la URSS; o bien de mantenerse en un neutralismo de carácter aislacionista y ultranacionalista.<sup>35</sup>

c) Como en los casos anteriores, éste es también un tema en juego, un problema en discusión, una disyuntiva ante la cual Japón no ha decidido y ante la que parece resultarle particularmente difícil escoger. La observación de la escena japonesa pone de manifiesto *la ausencia de un consenso claro* por parte de la opinión pública sobre la orientación definitiva a tomar. La misma oscilación queda de manifiesto en la conducción efectiva de la diplomacia nipona, en temas tan actuales como la crisis del Golfo Pérsico, la Cuenca del Pacífico, o la nueva Europa que se está creando «del Atlántico a los Urales».<sup>36</sup>

## LA CIVILIZACION JAPONESA Y NOSOTROS: LINEAS DE RESPUESTA

Sería desconcertante detener en este momento la reflexión sobre los dilemas japoneses. Hay que hacer justamente lo contrario. Para comprender la evolución de los acontecimientos resulta decisivo dirigir hacia el futuro aquellas mismas preguntas planteadas anteriormente. Es lo que haré en este párrafo final. No se

34. Aunque tal problemática es virtualmente desconocida en España, la tesis de una futura «Pax Nippona» (manera de denominar una eventual supremacía japonesa desde comienzos del siglo XXI) tiene múltiples defensores entre analistas tan notorios como Ezra Vogel, Jacques Attali, Ronald Morse, Sokichu Taguda, Kunio Yanahida, Yasuhiro Nakasone, etc.

35. Tómense en cuenta algunos hechos en curso: el notorio acercamiento a la China (a pesar de los hechos de Tiananmen), el descongelamiento de las relaciones con la URSS (ver: Alberto Silva, Barcelona, diario *Avui*, 21-4-1991) y el intenso despliegue diplomático en el mercado del Pacífico asiático. En tal contexto, la ayuda de 11 billones de yens como contribución japonesa a la posguerra kuwaití e irakí podría formar parte de un proceso de parcial autonomización de la política exterior japonesa.

36. Ejemplos de esta falta de consenso estratégico son, entre otros, los siguientes: discordancia entre por un lado el proyecto de creación de un «cuerpo de paz» japonés y por el otro la pasiva aportación económica para la posguerra del Golfo; y también la discordancia entre la voluntad de anonimato diplomático y la voluntad de protagonismo y supremacía en el campo de la tecnología militar.

tratará, en absoluto, de un frívolo ejercicio de *futurología*, arriesgadísimo como es evidente en la coyuntura actual. Ni siquiera intentaré proponer un caso hipotético de «*planificación*» de la evolución institucional, ante la manifiesta dificultad de mirar con toda la perspectiva necesaria una problemática tan vasta y compleja. El propósito será más bien realizar lo que algunos han llamado una «*pronosis*», en el sentido de anticipación no fantasiosa, como manera de responder a la pregunta siguiente: *¿qué sería previsible o razonable que sucediera si los acontecimientos futuros no hacen sino continuar y desarrollar las actuales tendencias en curso y si, en el caso japonés, estas son efectivamente las que he ido mencionando en este artículo?*

Si se dieran las dos condiciones contenidas en la pregunta, la presencia internacional de Japón podría asumir en el futuro próximo las tres características que detallaré a continuación, en un estilo un poco «*spinoziano*», en forma de tres proposiciones generales seguidas de su argumentación.

### **Estabilización del predominio económico y financiero, pero crecientes dudas sobre el escenario y las alianzas más correctos**

a) Las tendencias profundas de la evolución internacional parecen indicar la presencia de un predominio sostenido por parte de Japón en la esfera económica. No solamente ha resuelto brillantemente sus problemas industriales; no solamente ha ocupado los mejores lugares en la producción y comercialización en los sectores punta de hoy; también ha sabido visualizar ciertas transformaciones profundas, tomando posiciones que comienzan a mostrarse de enorme importancia estratégica. Es el caso de la *política de I+D (Investigación y Desarrollo)*, dotada presupuestariamente por encima de lo que a ella dedica cualquier otra potencia mundial. Ya es hora de cuestionar el tenaz latiguillo de que «los japoneses sólo saben copiar». La investigación japonesa (tanto la pública como la privada, tanto la básica como la aplicada) participa en amplia medida del carácter estratégico de muchas actividades que allí se llevan a cabo; a la I+D se la define y se la practica en estrecha relación con los objetivos sociales y buscando el máximo de líneas de acuerdo con todos los sectores involucrados. Líneas de investigación tan futuristas como la de los ordenadores de «quinta generación», las de los «trenes levitantes», la de las cerámicas de uso industrial, la de producción de nuevas especies vegetales o incluso la fabricación en condiciones artificiales de frutas y legumbres que mantienen todo su potencial alimenticio: la lista podría prolongarse considerablemente.<sup>37</sup> Dentro de lo que podríamos considerar etapas diferentes del desarrollo de las sociedades industriales, en estos años atravesamos un período que algunos llaman de «*revolución electrónica e informática*». Japón no se contenta con intentar liderar dicha fase. Sus dirigentes han comprendido perfectamente que el próximo período estará marcado especialmente por lo que ya denominan la «*revolución biotecnológica*».<sup>38</sup> Es de enorme importancia, económica y política, tomar

37. Abundante información en las siguientes revistas de fácil acceso en bibliotecas: *Cuadernos del Japón*, *Look Japón*, *The Japan Times*, *The Economist*, *The Financial Times*, *Actualidad Económica*, etc.

38. Manuel Castells ha tratado extensamente esta problemática: *Nuevas tecnologías, economía y*

posiciones firmes en este campo, con vistas a asumir una posición de predominio en la materia. Y precisamente es lo que está haciendo Japón. A gran escala.<sup>39</sup>

b) Como ya se mencionó antes, los principales argumentos que abonan el mantenimiento de la preponderancia económica japonesa los encontramos en *el ámbito monetario y financiero*. Entre 1981 y 1990 las remesas de dinero japonés al extranjero aumentaron de 10 billones de dólares a algo más de 300 billones. Lo que antes eran sobre todo inversiones industriales directas tienden cada vez más a transformarse en inversiones de cartera. Japón se ha convertido en una potencia financiera y puede esperar que esta situación no se modifique mientras se mantengan condiciones domésticas que muchos observadores y analistas de momento dan por seguras: el mantenimiento de un alto perfil en la producción y en los ahorros privados permite conservar y hasta incrementar el flujo de dinero japonés al exterior. Claro está que, aquí también, la consolidación de esta hegemonía financiera exige que se den ciertas condiciones más políticas, ligadas a la orientación pública de la actividad financiera, para evitar que a Japón le ocurra lo que a los países productores de petróleo en la década de los 70: no supieron o no pudieron consolidar su entonces dominante posición de países acreedores.

c) Los dirigentes japoneses son conscientes que esta bonanza ni la han provocado solos ni la podrán disfrutar aisladamente. Eso es evidente. Pero lo que no les queda tan claro es quiénes han de ser los socios de dicho predominio. Japón enfrenta en la actualidad el siguiente interrogante: *¿quién ha de ser su principal aliado estratégico*, desde el punto de vista económico? En este terreno las pistas parecen confundirse.

Por una parte, muchos datos confirman la creciente compenetración industrial, económica y financiera entre Japón y *Estados Unidos*: no cesa de aumentar el volumen de inversiones directas y de joint-ventures entre ambos países, sin dejar de mencionar los programas conjuntos de investigación, los convenios de intercambios de patentes y de aplicaciones industriales, la cooperación en muchos sectores productivos, las fusiones empresariales y las fabricaciones conjuntas, los acuerdos yen-dólar, las «iniciativas» para remover obstáculos comerciales, etc.

Pero también arrecia la tan mentada «guerra comercial» entre USA y Japón, lo que no tiene visos de resolverse (dicho contencioso expresa nítidamente el cambio de hegemonía que se está produciendo); esto podría llevar a Japón a desarrollar una tendencia bastante natural: proliferar sus relaciones con los vecinos (vecinos geográficos y raciales) y reforzar, si no la *Cuenca del Pacífico*, al menos su relación con los países del ASEAN e incluso con la zona indochina, el subcontinente indio y la Siberia soviética.<sup>40</sup>

*sociedad en España*, op. cit., y en especial: *The Informational Society*, London, Sage, 1989. Para el caso específico de la bio-tecnología, ver informes de la OCDE.

39. Junto a países como USA y Dinamarca, usualmente se considera al Japón como una potencia en la bio-tecnología del presente y del futuro.

40. Esta es una de las evoluciones geo-estratégicas de mayor importancia para el futuro del planeta. Entra otros, los siguientes trabajos recientes contienen los argumentos fundamentales:

– VV.AA., «L'avenir du Pacifique», Paris, revista *Problèmes Politiques et Sociaux*, n.º 493, 1989;

– Fun-han Chu, «State Structure and Economic Adjustment of the East Asian Newly Industrializing Countries», Massachusetts, revista *International Organization*, MIT, vol. 43, n.º 4, Fall 1989;

El dilema llega a ser a tres bandas cuando incluimos en él a *Europa*, que desde cierto punto de vista aparece como un *partenaire* adecuado para compartir un liderazgo económico internacional sostenido. En Europa, Japón está pasando de su anterior «política de enclave» (de cuyo éxito, desde el poder de los intereses japoneses, Catalunya constituye un rotundo ejemplo) a una política de más amplia inclusión y compromiso. La ampliación de la Europa de los Doce y la llegada de países del Este no solamente amplía el mercado potencial de sus productos (tanto los fabricados en Japón como en Europa), sino que le ayuda a resolver problemas diplomáticos espinosos: potencia su tradicional sintonía con Alemania (ya que pasa a relacionarse con una Europa teñida como nunca de germanía) y simplifica la siempre difícil relación con la Unión Soviética (en la medida en que Rusia se escora manifiestamente del lado europeo y pasa a tener relaciones preferenciales con el eje París-Berlín). Por otra parte, reforzar la relación con Europa le significa a Japón balancear el riesgo siempre latente de cualquier relación demasiado centrada en el socio americano: riesgo de acabar pagando en exceso la factura militar de la seguridad compartida, como se está constatando tras finalizar la guerra en el Golfo Pérsico. Escollo que, como es bien sabido, Japón ha logrado hasta el presente sortear con gran astucia.<sup>41</sup>

En una palabra: claro predominio económico pero oscura e incierta política de alianzas. Si el dilema existe es porque en la sociedad japonesa no acaba de quedar claro cuál es la fuente real del poder en la determinación de las grandes opciones económicas. Algunos entienden que en Japón es muy alto el grado de control estatal sobre la política económica: en algunos casos el poder efectivo de las regulaciones públicas (emanadas de los Ministerios de Finanzas y de Industria y Comercio Exterior); en muchos otros casos por la influencia, efectiva aunque informal, de esa verdadera «*gemeinschaft*» o comunidad casi tribal que constituye la administración pública japonesa. Otros estiman que son las multinacionales quienes definen su propia política de alianzas, y que la evolución de la economía japonesa no es tanto un hecho de decisiones voluntaristas cuanto un fenómeno enteramente de mercado. De cualquier forma, en este momento  *falta en Japón un consenso suficientemente amplio sobre cuáles han de ser los objetivos prioritarios de la política económica a seguir*: ¿el máximo aumento de la producción, entendiendo a Japón como una sociedad industrial en eterno desarrollo? ¿O más bien

---

– Lawrence Krause, «Trade Policy in the 1990s: Good-bye Bipolarity and Hello Regions», London, revista *The World Today*, vol. 46, n.º 5, May 1990;

– Jurek Martin, «Japanese Foreign Policy in the 1990s», London, revista *Asian Affairs*, vol. 21, part, 3, Oct 1990;

– Allen Thiting and Xin Jianfei, «Sino-japanese Relations: Pragmatism and Passion», London, revista *World Policy Journal*, vol. 8, n.º 1, Winter 1990-1991.

– Peggy Levine Falkenheim, «Moscow and Tokyo: Slow Thaw in Northeast Asia», London, revista *World Policy Journal*, vol 8, n.º 1, Winter 1990-1991.

41. El tema de las relaciones Japón-Europa ha sido muy bien tratado en obras como las siguientes:

– Wolf Mendl, *Western Europe and Japan between the Super-powers*, London Croom Heim, 1984;

– Gordon Daniels and Reinhard Drifte, *Europe and Japan. Changing Relationship since 1945*, Kent, Uk, Paul Morbury Publications, 1986.

– VV.AA., *Japan and Europe: Changing Contexts and Perspectives*, Brussels, Seiko Epon Corporation Ed., 1990.

un avance más serio y sostenido en todo lo que hace a infraestructuras públicas, equipamientos sociales y consumo?

De la forma en que se responda a estas preguntas dependerá el camino que tome Japón en el futuro más cercano y, en consecuencia, el lugar que ocupe (porque lo decida o porque se deje llevar por las tendencias objetivas) en el concierto económico internacional.<sup>42</sup>

### **Creación masiva de nuevos signos universales, junto a crecientes dudas sobre la legitimidad de la cultura occidental**

A mi entender, la mayoría de los observadores extranjeros participan del prejuicio generalizado que concede a la dimensión cultural la función de simple «guinda» del pastel social: un elemento viscoso pero en último término prescindible, un toque de elegancia que mantiene su condición extrínseca de lo que verdaderamente importa. Aquí definiendo el punto de vista exactamente inverso: considero a *la cultura* no solamente en su expresión codificada (al mismo tiempo «sabia» y «estetizante») sino, básicamente, como el *conjunto de las manifestaciones del modo de producción de su vida social* por parte del Japón. De allí que *constantemente ligue lo cultural a lo económico y lo político*. De allí que plantee una *complementariedad lógica entre la propuesta cultural doméstica* (lo que se dice ser «la cultura japonesa») *y la propuesta cultural externa* (lo que se plantea como parte de una «nueva cultura universal»). Explicar todo esto supondrá un poco de esfuerzo. Que nadie, entonces, se sorprenda de ver atribuido a lo cultural tanto espacio como a lo económico y lo político.

El tema en cuestión es, recordemos, el siguiente: ¿qué gérmenes de universalización contiene la cultura japonesa?; ¿qué posibilidades histórico-políticas concretas de universalización le ofrece la actual evolución del mundo?

a) La capacidad de universalización de la cultura japonesa constituye un fenómeno reciente, ligado a la predominancia estratégica (al menos en el plano económico) de Japón en todo el mundo, vale decir en relación con Rusia, con China y Asia, con Occidente.

Ahora bien, hablar de universalización de la cultura japonesa significa hablar de al menos tres tipos de fenómenos interrelacionados entre sí:

al) *De la internacionalización de la tradición cultural propia* (de la cual ya hemos hablado), o sea de ciertas prácticas e instituciones culturales japonesas que podrían ser adoptadas por todo el mundo en cuanto que japonesas y sin variar un ápice su contenido o su presentación (ejemplos hay muchísimos: el zen, los «do» o caminos espirituales, la vena paradójica de su filosofía, elementos de su medicina,

42. Algunas referencias:

- Tsuneo Akahe, «Japanese Security Policy after US Hegemony», London, revista *Millennium*, vol. 18, n.º 3, Winter 1989;

- Michihiko Kunihiko, «The External Implications of 1992: a Japanese View», London, revista *The World Today*, vol. 45, núm. 2, febre 1989;

- Fred Ikle and Terumasa Mikanishi, «Japan's Grand Strategy», New York, revista *Foreign Affairs*, Summer 1990.

de su gastronomía, de su arquitectura; y por supuesto diversos elementos de su literatura, su plástica y su dramaturgia, las artes marciales, etc. etc.).

a2) También me he referido a la *agrupación y administración, por parte de Japón, de signos vitales de la cultura capitalista occidental moderna*; o sea: de una serie de instituciones, empresas o espacios que encarnan, en diversos países occidentales, la simbología del éxito estructural del capitalismo, dándose las condiciones de control, por parte de compañías japonesas, del uso de algunos de los mitos más entrañables para la ideología del éxito capitalista (aquí igualmente cabe citar diversos ejemplos, aparte de los ya aludidos: el copamiento de industrias automovilísticas de alcurnia, el control de los totémicos estudios de la Columbia Pictures, la entrada con fuerza en la emblemática casa Dior, la compra de Les Halles, el control de acontecimientos tan importantes en el imaginario social contemporáneo como la final de la Copa Intercontinental de fútbol, jugada en Tokyo, etc.)

a3) Pero existe sobre todo, a mi juicio, un tercer «estilo» de actuación cultural japonesa. Me parece muy poco conocido y valorizado. Sin embargo, estoy pensando que en este tercer nivel se dan algunos elementos vitales de lo que podríamos considerar como voluntad de presencia japonesa en la gestación de una nueva cultura internacional. Básicamente consiste en la *expansión universal de la «cultura técnica japonesa»*. O sea de una serie de comportamientos sociales que prosperan en Japón a diferentes niveles:

- *A nivel de la vida doméstica privada*, como consecuencia de la generalización de la llamada «sociedad de la información» en el archipiélago nipón y de su posible exportación internacional, como parte de la predominancia técnica y comercial de Japón en el resto del mundo (por citar algunos ejemplos: comportamientos colectivos que se traducen en formas de alojamiento, de transporte, de consumo telemático, de ocio integrativo, etc.);

- *A nivel de vida grupal empresarial*, como consecuencia de la propuesta, cada vez más explícita, de generalización de una «nueva cultura corporativa» hecha de participación, de consenso y de equilibrios entre actores sociales que en nuestra cultura económica solemos situar como enemigos irreconciliables (allí están los «controles de calidad», los métodos «horizontales» de circulación de la información, los estilos «integrados» de toma de decisión, la progresiva identificación de la estructura corporativa con la esfera pública de lo que nosotros consideramos «seguridad social», etc.);

- *A nivel de vida colectiva pública*, como consecuencia de la búsqueda de nuevas formas de organización ciudadana y del ocio urbano, sobre la base de síntesis inéditas de nuevas aleaciones que funden elementos de culturas diversas que a menudo no están en contacto entre sí; se trata de nuevas experiencias, de auténticos mestizajes que se experimentan primero a pequeña escala y que luego tienden a masificarse siguiendo las reglas del marketing y del rendimiento comercial (por ejemplo: los «Love Hotels», los «Leisure Centers» —en el que se construye en la ciudad de Fukuoka participa significativamente un arquitecto catalán—, nuevas formas de juegos colectivos como los que ilustran el programa televisivo «Endurance» etc.); se plantean como «fórmulas» alternativas del comportamiento mundial apoyadas en las nuevas versiones de un único y permanente discurso, al mismo tiempo integrativo y carente de un centro lógico (como sería el caso de cualquier discurso occidental), que es aquel que mejor expresa el regusto típicamente japonés de esta inédita y grandiosa «cocción».

- *A nivel de imaginario social*, como consecuencia de una verdadera irrupción de producciones japonesas (ligadas al campo de lo visual y difundidas por la

red telemática) ampliamente controladas o participadas por las firmas japonesas; el diseño, las artes gráficas y la fotografía, los dibujos animados que inundan nuestra programación infantil, la moda; otros tantos ejemplos riquísimos en connotaciones; formas, todas las mencionadas, de adoptar un talante y hasta una lógica estética que nos llega aparentemente sin imagen de marca (casi se diría sin etiqueta) pero que vamos viendo plasmada en nuestros medios de comunicación de masas, en nuestra arquitectura, en nuestra publicidad, en nuestro mobiliario doméstico, en nuestro gusto personal.

b) No entraré de momento en preguntarme *hasta qué punto* esta dinámica de universalización de nuevas formas culturales manufacturadas por Japón (tengan éstas o no materia prima japonesa) *responde a un proyecto histórico de sus sectores dominantes*. Lo que de momento puede adelantarse es, únicamente, la congruencia teórica de plantearse la existencia de tal «proyecto histórico» (un proyecto histórico no necesita ser inicialmente consciente en su totalidad y maquiavélicamente voluntario) como requisito final y condición necesaria (aunque no suficiente) de estabilización de la predominancia estratégica en el plano económico.

En efecto, no existe en la historia universal ningún caso de predominio institucional de una potencia sobre las demás que no se haya visto acompañado, o secundado o apuntalado, por la asimilación, por parte del resto de las naciones, de unas pautas culturales producidas o difundidas desde el centro de dicha dominación. Plantear el interrogante y dejarlo de momento sin respuesta equivale a sugerir que todavía ha de transcurrir bastante tiempo antes de que sepamos a qué atenernos en este tema.

c) Lo que sí cabe adelantar (y podría constituir parte de la respuesta a la pregunta anterior) es la existencia de *una serie de contradicciones* en el actual desarrollo cultural japonés al nivel que desde mi punto de vista es el más determinante: *¿cultura local o cultura internacional?* Estas contradicciones entre impulsos particularistas e impulsos universalistas se concentran máximamente *en la lengua japonesa*.

c1) *Primer nivel: la estructura sintáctica*. Por un lado, existe un acuerdo bastante generalizado en que *el alfabeto chino no conviene* en absoluto a la lengua japonesa, cosa que los japoneses captaron claramente al menos desde el siglo XI y que los llevó a desarrollar con cierta autonomía el sistema fonético de los «kana». Pero, inversamente, persiste en diversos aspectos cierta influencia de la mentalidad china en la conciencia japonesa y esto hace que *se siga empleando* un completísimo sistema que mezcla ideogramas chinos y caracteres fonéticos japoneses.

c2) *Segundo nivel: la lógica semántica*. Por un lado, como vimos en el párrafo anterior, la cultura japonesa contiene *gérmenes poderosos de universalidad*. De cualquier forma esta japonización del mundo (directa o sobre todo indirecta) se ve frenada por *la lentitud y la escasez del trasvase de información* (consecuencia de la imposibilidad mundial de comprender la lengua japonesa) y el consiguiente aislamiento que eso provoca. Hay quienes piensan al respecto que *el único remedio será abandonar los ideogramas chinos* para volver a un sistema de transcripción fonética conocido y utilizado por los japoneses desde aproximadamente el año 1000 (tal vez adaptando íntegramente el alfabeto latino).

Pero, por otro lado, tales reivindicaciones teóricas y pragmáticas chocan en el *progresivo repliegue respecto de Occidente* que se puede observar en diversos sec-

tores de la cultura japonesa. No me refiero solamente o principalmente a los sectores ultranacionalistas o a los tradicionalismos religiosos. Me refiero a muchos miembros de la «intelligentsia» más advertida y «moderna» que sospecha (a veces crecientemente) que la verdadera autonomía cultural japonesa pasa por la progresiva y radical distinción entre modernización y occidentalización. Se trataría de avanzar en la primera (el criterio sería la reconstrucción igualitaria de la vida social, aplicando la teoría literal del «vaso de agua» o del excedente ininterrumpido que acaba beneficiando inevitablemente a todo el mundo) y de retroceder en la segunda (aquí el criterio sería la reconstitución segmentaria de la comunidad nacional sobre la base de la familia, del clan territorial, del grupo primario, del culto de los antepasados, de la naturaleza y del Emperador).

c3) *Cuáles habrán de ser las vías de resolución de estas contradicciones, aún no lo sabemos.* Si repasamos la historia cultural japonesa, podemos observar la alternancia entre etapas universalistas y etapas aislacionistas. Después de más de un siglo de intensa digestión de valores occidentales (de los cuales dan prueba los múltiples ejemplos aducidos), ¿estamos acercándonos a un nuevo período de insularismo japonés? Y si estamos todavía en un ciclo de extranjerización del Japón, ¿cómo trazar la línea divisoria entre la singularidad japonesa (en favor de la que tiendo a decantarme por momentos) y la adopción pura y simple del «american way of life», condimentado esta vez con sabor de soja?

La contradicción no podrá resolverse mientras no quede clara cuál puede ser la legitimización última del sistema cultural que el Japón se siente llamado a elaborar para ser utilizado dentro y fuera de sus fronteras: ¿hay que construir una cultura máximamente compartible por todos?, ¿o lo que importa no será, más bien, sentirse máximamente expresado por las propias pautas culturales, sin preocuparse por su radio de extensión y de acción?

En el fondo, lo que no les queda claro es el objetivo que ha de perseguir su sistema cultural: ¿máxima inteligibilidad?, ¿máxima identidad? El dilema es clásico, como bien sabemos. En el caso japonés se presenta con gran intensidad y refleja la falta de consenso existente en lo que podemos considerar un segundo nivel en el proyecto de reelaborar la presencia japonesa en el mundo del futuro.<sup>43</sup>

### **Máxima abstención de todo liderazgo político internacional, pero crecientes presiones externas para que asuma nuevas responsabilidades**

a) El lugar que le ha tocado desde la Segunda Guerra Mundial a Japón en el concierto internacional es, en buena medida, algo así como un confortable sillón vacío. Las razones de esta prolongada y sistemática ausencia japonesa del escenario mundial tienen que ver con las *condiciones impuestas a Japón por la dominación norteamericana tras el Tratado de San Francisco*.

En 1951, Japón y Estados Unidos firmaron en San Francisco un tratado de paz

43. No existen, según mi información, investigaciones recientes sobre la problemática de la participación de Japón en la creación de una nueva cultura universal. Sin embargo, ver algunas referencias en: Ohashi Ryosuke, «Reflexiones filosóficas sobre el contexto cultural japonés», Barcelona, revista *Cuadernos del Japón*, vol. 2, n.º 1, 1989.

y un acuerdo de cooperación para la seguridad mutua. El tratado de paz puso término a siete años de ocupación militar norteamericana y sirvió para definir las condiciones del regreso de Japón a la sociedad de las naciones, dejándole un papel de clara subordinación dentro de un esquema de «Paz Americana». Por su parte el tratado de seguridad aseguraba al ejército norteamericano el derecho a mantener una serie de bases y desde allí intervenir en los asuntos japoneses en caso de que hubiera que defender la naciente democracia nipona contra cualquier tipo de subversión. Ambos tratados sellaron la suerte exterior de la sociedad japonesa: nada que opinar sobre lo que fuera sucediendo en el terreno diplomático, salvo encargarse de la logística de la política internacional norteamericana. Poco importaba que los conflictos internacionales estallaran en lejanas geografías (la descolonización africana, el desarrollismo latinoamericano) o en plazas próximas con las que Japón tenía desde antiguo muchísima relación (Corea, China, Siberia, Filipinas). Todo tenía que pasar por el cedazo norteamericano. Japón se mantuvo obligadamente en una posición rezagada, como un inmenso portaaviones alimentando en silencio el esfuerzo bélico y diplomático estadounidense en Extremo Oriente, e incluso más lejos.

b) El conjunto del esquema político japonés de posguerra se apoya fundamentalmente en la condición (asumida) de sociedad que ha de concentrarse en lo económico-técnico, dejando para su valedor americano las preocupaciones diplomático-militares. En Japón se ha seguido aplicando impertérritamente la llamada «doctrina Miyazawa» que sostiene que Japón constituye un «Estado especial» cuya política exterior se inhibe de cualquier juicio de valor o consideración moral, salvo aquellos que se refieren al estrecho marco del intercambio comercial, el cual ha de guiarse por simples razonamientos de conveniencia inmediata. (La posición adaptada por Japón ante los acontecimientos recientes de Timisoara, de Tianammen y, ahora, del Golfo Pérsico nos indica hasta dónde puede llegar este tipo de «anti diplomacia»). Si bien este retraimiento internacional en un principio le fue impuesto a Japón en castigo por sus antiguas inclinaciones imperialistas, no podría decirse que a Japón tal sanción le haya resultado especialmente negativa. Igual que le sucedió a Alemania, y más lejos todavía que en el caso de una sociedad dividida por la política de bloques, *Japón extrajo enormes beneficios de su condición de democracia vigilada en lo interior y de infantilismo dependiente en lo exterior*. Pudo efectivamente dedicarse a la reconstrucción social, al desarrollo económico y a la innovación tecnológica. Los resultados son los que fueron mencionados en los párrafos anteriores. Su primacía es lo suficientemente importante, y lo bastante duradera, como para que haga dudar a más de uno de la continuación de la anterior supremacía norteamericana.

c) Durante los últimos diez o quince años, los mismos Estados Unidos y también diversos países europeos han venido plantenado *la necesidad de reformar aquel «marco de San Francisco»*. Las presiones occidentales (presiones que se van acentuando a medida que se desarrolla la crisis estructural y de liderazgo norteamericano, así como el deshielo europeo) se refieren a los diversos ámbitos económicos de la presencia internacional de toda gran potencia.

— Son antiguas, sistemáticas y profusamente argumentadas las peticiones *de que Japón «juegue limpio» en el plano comercial*. El juego sucio nipón tiene dos caras: según estas críticas Japón cierra como una ostra su mercado interno a los productos extranjeros, a la par que inunda el mercado de América del Norte y

Europa con sus coches, ordenadores y un inagotable muestrario electrónico.

— También se repite la exigencia de que Japón participe de una forma más significativa en el enorme esfuerzo económico que supone *mantener el actual ordenamiento internacional*. La crítica occidental (y especialmente la norteamericana) se refiere a la parsimonia con que Japón interviene en los focos de tensión internacional y a las reticencias a aportar no ya sólo en el esfuerzo bélico sino incluso en financiamentos estratégicos destinados a mantener, más o menos artificialmente, situaciones geopolíticas favorables.

— La exigencia de una mayor presencia económica internacional japonesa se refiere finalmente al tema de la *cooperación internacional*. La crítica de diversos países occidentales consiste en hacer notar que Japón confunde sistemáticamente la llamada «ODA» (Overseas Development Aids: Ayuda Internacional para el Desarrollo) con la colocación de sus productos, sus inversiones, sus procedimientos tecnológicos y sus redes comerciales, desvirtuando así el objetivo supuestamente equilibrador de las grandes agencias financieras internacionales.

d) A Japón se le está pidiendo mucha mayor presencia y sensibilidad en el plano internacional: en recursos, en presencia diplomática y en compromiso político. Y aquí es donde surge la profunda contradicción. No faltan voces en Japón (tal como fue explicado más arriba) que proclaman la necesidad no solamente de atender a las presiones internacionales sino, incluso, de adelantarse a ellas desarrollando ante los acontecimientos internacionales posturas cada vez más autónomas. Pero la contradicción sigue existiendo. Algunos líderes prominentes podrán proponer ir en cierta dirección, pero el sistema político japonés tuerce las cosas en dirección contraria. Dicho en pocas palabras: *el aislacionismo diplomático japonés viene en buen a parte provocado por la lógica misma de su sistema político. Veámoslo.*

— La primera razón de la timidez política y estratégica que continuamente demuestra Japón podemos sostenerla en la forma que su *Estado* ha adquirido en el último siglo. El actual ordenamiento político japonés ha sido definido por el conocido ensayista Yenosuko Nagai como un auténtico «Estado de la moratoria» que intenta escabullirse de cualquier intromisión estratégica en el plano mundial. Un Estado que se limita a gestionar (brillantemente) la prosperidad interior, pagando todos los tributos internacionales necesarios con tal de que no se interrumpa la bonanza doméstica, comenzando por el silencio y la inhibición. La doctrina de Nagai y de Miyazawa fue proseguida por los planteamientos de Shigeru Moshida y en buena medida incluso por los de Toshiki Kaifu, actual primer ministro.

— La segunda razón del carácter aislacionista de la política japonesa reside en la forma en que los japoneses conciben la *democracia*. No olvidemos ciertos hechos fundamentales. La democracia japonesa no surgió (a diferencia de la europea o la americana) como resultado de presiones internas o de evoluciones institucionales, sino como consecuencia de una imposición extranjera. Nadie niega que la idea democrática ha arraigado (y profundamente) en suelo japonés. Pero no deja de ser cierto que muchas de sus manifestaciones son percibidas como exclusivamente occidentales y, en ese sentido, como probablemente temporarias. Concretamente: argumentar las amistades o enemistades internacionales en función del carácter democrático o antidemocrático de los regímenes políticos (eje de la política occidental, y no sólo de la guerra fría, como lo demuestran las posiciones de la ONU en relación a la crisis del Golfo) es algo que nunca han acabado de creerse los japoneses. La diplomacia nipona, si ha demostrado su (módica) autonomía ha sido

logrando la proeza de ser, en los años 50-60, al mismo tiempo, el principal soporte asiático de la política norteamericana de guerra fría y el principal interlocutor comercial de la República Popular China, contra quien dicha guerra fría iba dirigida en Asia, en primer lugar.

– La tercera razón estructural contraria a la emergencia de Japón como interlocutor político internacional es lo que podemos llamar la *cuestión militar*. Como sabemos, la Constitución prohíbe, en su artículo 9, que Japón tenga fuerzas armadas convencionales y que recurra a la fuerza como vía de solución de los conflictos internacionales. Igualmente, la mecánica administrativa y política del diseño de los presupuestos anuales provoca que sea prácticamente imposible superar el límite del 1 % del PNB destinado a las llamadas «Fuerzas Nacionales de Autodefensa». Por otra parte, Japón ha abandonado en parte durante el último medio siglo su antigua afición por los estudios estratégicos, tanto civiles como militares, señal de la existencia de una opinión pública seriamente escorada hacia el antimilitarismo y el abstencionismo bélico. El recuerdo de Hiroshima y Nagasaki sigue estando presente como trágico final de las antiguas aventuras militaristas japonesas.

Por todas estas razones apuntadas, también a nivel político se le están planteando a Japón una serie de dudas sobre su papel internacional: ¿seguidismo respecto de los Estados Unidos o ascenso a la categoría de gran potencia diplomático-militar, especialmente en su área de influencia «natural», el Pacífico central y sur?

Si el dilema se plantea es porque no queda nada claro, como hemos visto, cuál es la voluntad de liderazgo (y cuál incluso la capacidad psicológica de liderazgo) de los estamentos dirigentes del Japón, de redefinir un nuevo consenso, esta vez a nivel político, sobre materias que no solamente se refieren a la actuación internacional sino que arraigan, como acabo de precisar, en la organización interna del sistema político. Asumir un papel de gran potencia diplomática pareciera estar íntimamente ligado, en el caso de Japón, a la condición de pasar de un Estado-comunidad (donde, más allá de las diferencias y las voluntades, todos los ciudadanos están abocados a la reconstrucción y al engrandecimiento de la patria común) a un Estado nacional convencional parecido a los occidentales (en el que los proyectos internos se agrupan, se ritman y hasta se hacen depender de los juegos y los equilibrios internacionales en los que *de antemano* se acepta participar e influenciar).<sup>44</sup>

## CONCLUSION, EL FONDO DEL DILEMA: ¿INTERNACIONALIZACION?

Entramos en la última década del siglo XX y nos encontramos con un Japón sumido en la indecisión y situado ante opciones de grueso calado que tienen mucho que ver con su historia política e institucional. A lo largo de este artículo hemos ido revisando tres dilemas diferentes:

- Entre el desarrollo económico y el bienestar social.
- Entre una cultura inteligible y la profundización en la propia identidad.

44. Ver, más arriba, notas 40 y 42.

– Entre una sociedad de tipo comunitarista y otra de tipo funcional.

Como ya hemos visto, cada uno de estos tres dilemas tiene condicionamientos y perfiles propios. Lo que quisiera apuntar ahora, como colofón de este artículo, es un rasgo que creo común a todos estos dilemas: *la urgencia de optar ante un grado u otro de internacionalización y ante un estilo u otro de internacionalización.*

Los tres dilemas están naturalmente relacionados entre sí y el modo de resolución de cada uno acabará afectando a los otros. Veámoslo reflexionando sobre las posibles políticas de alianzas.

a) Actualmente, mantener el pacto privilegiado con los *Estados Unidos* (cosa que, de momento, parece ser la óptica predominante, no sólo en el PLD sino en vastos sectores del PSJ) le supone a Japón concebir la internacionalización como una profundización de su relación con EE.UU., y concretamente como:

- apertura legal y administrativa del mercado japonés
- fusión de las estrategias comerciales entre ambas potencias y
- entrada significativa del Japón en el esfuerzo de financiamiento de la actual situación de hegemonía occidental liderada por Estados Unidos.

Esta opción presupone multiplicar considerablemente:

- su presencia financiera en organismos internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, etc.)
- una presencia al mismo tiempo económica y diplomática en los principales foros mundiales a nivel global (ONU, UNESCO, OCDE, etc.)
- el peso de la actuación al mismo tiempo presupuestaria y tecnológica en todo lo que toca a la cooperación internacional (a comenzar por el nivel regional).

Es una opción que dejaría invariables los aspectos culturales, condenando a Japón a seguir desarrollando su conocida esquizofrenia entre una cultura tradicional (cada vez más identificada con valores agrícolas y del pasado) y una cultura moderna (más y más identificada con los valores, los modos, las preferencias, y hasta el discurso teórico norteamericano).<sup>45</sup>

b) Desarrollar y profundizar las relaciones con el *bloque europeo* tiene connotaciones bastante diferentes que aquí sólo podré apuntar esquemáticamente. Supone concebir la internacionalización más bien sobre la base de un pacto hasta ahora inédito: como un acuerdo entre «pares» que mantienen su autonomía cultural e institucional, pero que acuerdan los puntos básicos de lo que han de ser los nuevos equilibrios internacionales. Lo cual exige, a su vez, que se verifiquen algunas condiciones esenciales:

- que exista coincidencia analítica sobre el fin de un mundo dividido en dos bloques (resultado de la crisis de la hegemonía norteamericana y del hundimiento del imperio comunista) y sobre la necesidad de diseñar un nuevo orden internacional que se asiente sobre las dos potencias emergentes: una Comunidad Europea liderada por Alemania y el Japón hegemonizando la cuenca del Pacífico;
- que puedan darse coincidencias estratégicas en temas candentes como los siguientes:

- el diseño de una nueva política de seguridad que suponga la superación de

45. Equivale a situarse en el contexto de una «Pax Americana II», uno de los escenarios de la investigación aludida en la nota 31.

los criterios constitutivos de la OTAN y que persiga una sustitución progresiva de los argumentos belicistas por argumentos de cooperación y desarrollo;

- el diseño de una nueva política económica que suponga la concepción del mundo como un espacio abierto y como un mercado único, superando los proteccionismos y la actual mentalidad de «cotos de caza» cerrados;
- el diseño de una nueva concepción relativista, multipolar, tolerante en el reconocimiento de las diferencias y ecléctica en la búsqueda de nuevas síntesis y de nuevos mestizajes.<sup>46</sup>

c) Pero perfectamente pudiera darse una tercera opción. Si el desacuerdo con Estados Unidos (en los términos esbozados en el apartado a) se acaba convirtiendo en un conflicto irresoluble y si, al mismo tiempo, la nueva Europa termina escorando hacia el lado del proteccionismo económico, del exclusivismo político y del etnocentrismo cultural (posibilidad que tampoco cabe descartar), Japón descubriría que le están amputando las piernas de una posible estrategia de internacionalización madura, al menos a los tres niveles que he ido planteando. Ganaría terreno lo que podríamos llamar una «tentación regionalista», inclinándose por cultivar su «patio trasero», vale decir las *costas Asiáticas del Pacífico*. Nada ni nadie impediría a Japón tomar el liderazgo de este espacio geopolítico-económico. E incluso si continúa cerrado el frasco de las nostalgias y no se pretende reeditar el antiguo proyecto de una «esfera asiática de coprosperidad» (liderada naturalmente por Japón), a nadie se le oculta el fuerte componente racial etnocéntrico y antioccidental de una opción que, a pesar de engañosas apariencias, Japón solamente asumiría obligado y con cierto disgusto, consciente como finalmente parece ser de la conveniencia de las soluciones globales por encima de las regionales.

Japón se debate actualmente entre el localismo y la internacionalización y entre perseguir la homologación occidental o cultivar su especificidad propia, entre corresponsabilizarse del destino del mundo o limitarse a fomentar la expansión de su particularismo.

El Japón del siglo XXI se decantará de un lado o de otro antes que nada según vayan evolucionando sus propias instituciones. Pero que nadie se equivoque, especialmente si observa a Japón desde preocupaciones europeas: dependerá mucho del comportamiento europeo (más o menos autónomo de la hegemonía de EE.UU.) que Japón vaya a su vez saliendo de una esfera de predominio político-cultural norteamericano. Depender de Estados Unidos no le ha significado a Japón otra cosa que una falsa internacionalización, un empobrecimiento cultural y una minusvalía psicológica y política.

46. En este caso, la opción a analizar es la que se daría en un escenario de «Multipolaridad», defendido por autores como Kuniko Inoguchi, Michio Morishima, Keary Nissinger, Suko Sekiguchi, etc. Ver, más arriba, nota 31.